

# JESÚS ÁLVAREZ

## Cerca de las estrellas

La autobiografía de un periodista mítico

CONTRALUZ

Al término de una etapa  
en la vuelta ciclista a España  
de 1985, entrevistando  
al ciclista de la ONCE,  
el suizo Alex Zülle



Con Perico Delgado y Miguel  
Induráin al finalizar uno  
de los Tours de Francia,  
que ganó el magnífico  
corredor navarro del equipo  
Banesto

Con Lola Fernández Ochoa  
en la presentación de un programa  
sobre el campeonato del mundo  
de esquí que tuvo lugar en Sierra  
Nevada en 1996





En un programa de TVE con Carlos Lozano, Ana García Obregón y, el jugador del Real Madrid, Raúl González



Foto grupal de los presentadores de los informativos de TVE de la temporada 1997-1998



En el avión de regreso de Sudáfrica con la Copa del Mundo de fútbol que acababa de conquistar la selección española. 12 de julio de 2010



Con Manu Carreño celebrando el mundial



Mi compañero cámara de TVE: Manolo Ovalle, con la Copa del Mundo en el avión de la selección



Jugadores y técnicos de la selección española que ganaron brillantemente el Mundial de fútbol en el avión de vuelta a España



Curioso montaje con una foto de la selección en la concentración de la selección española en la Eurocopa Polonia y Ucrania, 2012

En el estadio olímpico de Berlín en 2015 en la final de la Champions, que ganó el Barça ante la Juventus italiana



Con Rafa Nadal en su academia de tenis en Manacor, 2024



Con el seleccionador de fútbol Vicente del Bosque en la concentración del equipo en Polonia en la Eurocopa, 2012





Con Fernando Alonso en una jornada con uno de sus patrocinadores

Entrega del premio Antena de Oro junto a grandes compañeros de radio y televisión como Alfredo Urdaci, Manuel Antonio Rico, Chicho Ibáñez Serrador y Julio César Iglesias





Con los miembros de la junta directiva de la asociación de la prensa de Madrid de la que fui vocal durante ocho años

Con mi amigo Chus Puras, gran piloto cántabro, haciendo equipo en un rally esprint en Ifema, Madrid





Con Matías Prats en Barcelona cubriendo la boda de la infanta Cristina



Con Ana Blanco en el estudio del *Telediario*



Visita sorpresa del entonces príncipe de Asturias don Felipe al estudio donde Ana Blanco y yo nos disponíamos a presentar el *Telediario*



Saludando al rey Juan Carlos el día de la inauguración de la clínica Centro de Madrid, 1998

Con mi compañera Letizia Ortiz en una sesión de fotos de comienzo de temporada, justo la temporada que se destacó su noviazgo con el príncipe Felipe





Todo el equipo de informativos de TVE, en la sesión de fotos de comienzo de temporada

En el estudio del *Telediario* poco antes de comenzar el bloque de deportes



*Cerca de las estrellas (Soria, XII/96)*

*Este libro está dedicado a la memoria de mis padres, Beatriz y Jesús, de los que me sigo acordando todos los días. Sin llegar a saberlo, inculcaron en mí el amor y la pasión por la profesión de periodista y su ejemplo y dedicación calaron hondo en mi memoria. En una pequeña y humilde medida, este libro pretende ser el particular homenaje a sus sacrificios y desvelos por intentar hacerme una persona de provecho.*

*A todos los míos... y a los que en algún momento de mi vida también lo fueron. Y a los que me ayudaron a crecer profesionalmente con su trabajo y buen hacer. Sinceramente, creo que yo solo fui el último eslabón de la cadena.*



## Nota del autor

Describir muchas de las vivencias de casi cincuenta años de profesión requiere un esfuerzo memorístico que, lógicamente y en cierta medida, está sujeto a inexactitudes. Aunque he intentado reflejar fielmente los hechos, en algunos casos he preferido no precisar determinados datos o fechas para no incurrir en el error.

En este sentido, y aunque he procurado ser lo más objetivo e imparcial posible, los aludidos no tienen por qué estar necesariamente de acuerdo con apreciaciones que son, al fin y al cabo, estrictamente personales.



«Resulta terrible comprobar que es verdad lo  
que nuestros amigos dicen de nosotros».

MOLIÈRE



## Prólogo

Las primeras estrellas que Jesús tuvo cerca fueron las más brillantes de su firmamento: sus padres, Beatriz y Jesús, dos profesionales muy relevantes en la comunicación de su tiempo. Ella, en Radio Peninsular, y Jesús padre, el primer presentador de un telediario en España.

Aunque quizá Jesús no se da cuenta, este libro es un continuo homenaje a sus estrellas insuperables, a sus padres, que —«sin llegar a saberlo», explica él— le inculcaron la pasión por el periodismo. No pudieron saberlo porque Jesús tenía doce años cuando su padre murió repentinamente y dieciséis cuando falleció su madre en un accidente de coche.

Yo sabía que Jesús había sufrido esos traumas, pero ignoraba los detalles que comparte en este relato y que son muy emocionantes. ¿Cómo hace un chico de esa edad para encajar esas pérdidas brutales? Solo Jesús y su hermana Bárbara lo saben. Tal vez también la familia Prats, que los acogió. Pero para él la terapia se llamó «periodismo».

Jesús ya era una estrella de la televisión cuando yo le conocí, a finales de los ochenta. Yo era un pardillo que

buscaba mi camino en la comunicación sin saber si todo aquello tenía algún sentido para mí. Enseguida me sentí cercano a Jesús, quién sabe si porque vi en él algo que yo también sentía: la gestión de un apellido, que abre unas puertas y cierra otras, que estimula y presiona al mismo tiempo. Lo percibí también en Matías Prats hijo y en Javier Grima, brillante productor de TVE, que entonces seguía los pasos de su padre. El esfuerzo que Jesús cuenta en este libro para encontrar y recorrer su propio camino apellidándose Álvarez Cervantes me ha sonado muy familiar. En su caso fue un esfuerzo multiplicado por las circunstancias ya descritas.

Lo demás es un relato en primera persona, muy entretenido, de la historia del deporte en RTVE de los últimos cincuenta años, nada menos. Alguna línea me toca a mí porque compartimos momentos preciosos en los deportes de motor, sobre todo los mundiales de rallies de Carlos Sainz y Luis Moya. Con Jesús también nos hemos reído mucho. Con él usé por primera vez un teléfono móvil, un cacharro mágico y pesado del tamaño de una caja de zapatos que nos permitía enviar crónicas de RAC Rally de Inglaterra, aunque había que detener el coche exactamente en las curvas del páramo escocés con cobertura, que eran pocas...

Nos une también haber compartido RTVE, una empresa a la que le debemos tanto y por desgracia demasiado vinculada al poder político. Tantas batallas, tantos esfuerzos contra la injerencia. Él explica muchos de los suyos, que seguramente no gustarán a todos los mencionados, aunque, por la parte que me toca, fue como lo

cuenta. Este es otro de los valores del libro: es un Jesús Álvarez que se siente libre, que no es poco. Como cuando nos sorprendió a todos aceptando el reto de *¡Mira quién baila!*, un formato *a priori* en las antípodas de nuestro Jesús, siempre prudente y tímido.

Es la historia de uno de los grandes nombres del periodismo deportivo español. Esta es su verdad.

Lorenzo Milá



## Introducción

### La «llamada» de la televisión

El mes de junio es a veces muy caluroso en Madrid. Recuerdo que el de 1977 se presentó especialmente beligerante con el termómetro desde sus inicios.

Quizá por esa razón, y dado que me encontraba en plena preparación de los exámenes del segundo curso de Periodismo, decidí dedicar la primera parte de la tarde a echarme la siesta para poder alargar después las horas de estudio hasta bien entrada la madrugada, lejos de los rigores de aquel incómodo y prematuro calor.

Un débil —pero insistente— sonido telefónico vino a alterar mi descanso. La conversación fue breve, pero su contenido resultó tan intenso que no me permitió volver a conciliar el sueño:

—Hola, Jesús. Soy Joaquín Soler Serrano. ¿Recuerdas que te comenté que algún día intentaría «pagarte» lo de la radio? Pues ese día ha llegado: me voy a hacer cargo de un programa en TVE que se llama *Siete días*. Me gustaría que fueras el presentador. ¿Qué me dices?

—Naturalmente que sí, Joaquín.

Aquella fue esa llamada que uno siempre espera recibir algún día. Una que iba a cambiar mi futuro profesional y también el resto de mi vida.

## Capítulo 1

### Unos padres famosos

Mis padres formaban un particular matrimonio radiotelevisivo. Se habían conocido, creo recordar, en Radio Intercontinental, en Madrid, y su amor había ido fructificando poco a poco en las jornadas de trabajo que compartían, muchas veces hasta bien entrada la madrugada en una etapa posterior en los programas de Radio Exterior, la emisora de onda corta de Radio Nacional de España. Cuando tuve conciencia de mi presencia en este mundo, mi padre trabajaba ya en lo que era un nuevo «invento» llamado Televisión Española, y mi madre lo hacía en Radio Peninsular de Madrid. Los dos gozaban de fama y prestigio en la profesión, como lo demuestra que hubieran recibido algunos de los más afamados premios a los que se podía aspirar en su trabajo (Ondas, Antena de Oro, Premio Nacional de Televisión, etc.) y que todavía conservo con especial cariño. Sin restarle ningún mérito a mi madre, resulta evidente que la televisión le otorgó una fama y popularidad a mi padre que aún hoy día permanecen vigentes.

Con el transcurrir de los años me he ido dando cuenta de lo que significó la figura de Jesús Álvarez en el pe-

riodismo y, más en concreto, en el medio televisivo. Mi padre fue el primer presentador de un noticiero en televisión en España; en concreto, se le encomendó la presentación de la primera edición, que se emitía a las tres de la tarde. Junto a él, otros dos grandes de la radio y la televisión en España —Eduardo Sancho, que a la hora de escribir este libro todavía vive, y David Cubedo— completaban el trío de quienes pusieron cara y voz a aquellos primeros noticiarios que se emitieron desde los estudios de un pequeño chalé, ya desaparecido, en el madrileño paseo de La Habana.

Desgraciadamente yo era muy joven —tenía solo doce años— cuando mi padre murió, así que mi experiencia de lo que conllevaba tener un padre famoso se limitaba a las habituales peticiones de fotografías dedicadas que tanto a mi hermana Bárbara como a mí nos solicitaban los compañeros en el colegio. Para nosotros, y quizá por la costumbre, Jesús Álvarez era una persona normal, como cualquier otro padre, supongo. Eso sí, tenía un trabajo ciertamente especial, ya que mientras los padres de nuestros amigos trabajaban en oficinas, comercios, hospitales, etc., de una forma, digamos, anónima, el nuestro aparecía en las pantallas de los televisores de toda España.

Esto tenía dos consecuencias para nosotros. Por un lado, la dedicación de mi padre a su trabajo, su amor por su profesión y los habituales problemas que surgían en una incipiente Televisión Española le hacían pasar muchas horas fuera de casa. Tantas que, muchas veces, la única oportunidad que teníamos de verle «físicamente» era a través de la «pequeña pantalla» cuando presentaba el *Telediario*.

Sin embargo, por otra parte, nos considerábamos unos privilegiados al disponer de tan original sistema para poder saludarle cada día. Un gesto que para nosotros se convirtió en costumbre (y que con el paso de los años hemos comentado en más de una ocasión como anécdota) y que debió de llamar mucho la atención de los responsables de la gala que, con motivo de los primeros cuarenta años de TVE en España, se celebró en Valencia en noviembre de 1996, ya que el director de esta, el malogrado José Antonio Plaza, me pidió que lo recordara en la entrevista que Isabel Tenaille, una de las presentadoras más populares de aquellos años, me iba a realizar en el transcurso de la grabación del programa.

David Cubedo, Eduardo Sancho y mi padre, como ya he comentado, eran las figuras de los informativos de TVE de aquella primera época. Su buen hacer quedaba patente cada día en las distintas ediciones de los *Telediarrios* que presentaban. Y, a pesar de que otras muchas caras se asomaban ya a la pantalla en diferentes programas y espacios, la verdad es que mi memoria sobre aquellos años se muestra mucho más generosa —por razones obvias— con los que compartieron los espacios de información de actualidad con mi padre. Con el paso del tiempo, y gracias a los muchos recuerdos gráficos que se fueron acumulando en casa, he ido reconstruyendo otros aspectos de aquellos gloriosos años. Los nombres y las caras de Blanca Álvarez, Laura Valenzuela, María José Valero, José Luis Uribarri, Francisco Valladares, Victoriano Fernández Asís, Pilar Miró, y tantos y tantos otros, han quedado también, así, unidos a mis recuerdos.

La aventura de la televisión se fue consolidando poco a poco. Del histórico chalé del paseo de La Habana en Madrid se pasó a las entonces magníficas instalaciones de Prado del Rey. Además de los espacios informativos, la producción de TVE se fue extendiendo a otras muchas áreas en las que tenían cabida todo tipo de programas: musicales, culturales, deportivos... Aquello se iba pareciendo ya al gran medio de comunicación que hoy día todos conocemos, y la puesta en marcha de esa nueva etapa no solo requería caras y nombres nuevos: también precisaba del conocimiento del medio y la soltura ante las cámaras que únicamente la experiencia y las condiciones naturales de muchos de aquellos «pioneros» podían ofrecer. Sin abandonar su tarea en los telediarios, mi padre se encargó de poner en marcha y de presentar todo tipo de espacios que contribuyeron al definitivo despegue de la televisión y le llevaron a convertirse en uno de los mejores y más polifacéticos presentadores de aquella todavía joven Televisión Española.

Sin embargo, el destino quiso que, a los cuarenta y tres años y en todo el esplendor de su trayectoria profesional, nos abandonara para siempre en la medianoche del 16 de marzo de 1970 a causa de una grave enfermedad.

José Luis Uribarri, amigo entrañable de mis padres, se encargó de facilitar la terrible noticia a la Agencia EFE desde el hospital Francisco Franco —hoy Gregorio Marañón—. Manuel Martín Ferrand presentaba, como cada día, la última edición del *Telediario*, informativo que por aquel entonces se llamaba *24 horas*. Los periódicos recogieron en sus crónicas que «al presentador (Martín Fe-

rrand) se le quebró la voz al dar la noticia y, con una emoción a duras penas contenida, se despidió». Desde entonces le tuve un afecto especial y, aunque profesionalmente no tuvimos nunca la oportunidad de coincidir, siempre recordaré su gesto.

La muerte de un padre, sean las circunstancias que sean, es siempre un hecho traumático. Recuerdo que unos meses antes del fatal desenlace sorprendí una conversación en la que mi madre le explicaba a su hermana que había llorado desconsoladamente en el entierro de un amigo. Sorprendida, mi tía le preguntó: «¿Tanto afecto le tenías?». La respuesta me produjo un pequeño escalofrío: «No solo es eso —dijo mi madre—, es que también pensaba lo que sentiría yo si el que se hubiese muerto fuera Jesús». Quizá fue una premonición, pero poco tiempo después mi madre volvía a llorar desconsoladamente...

La impresión que para un chaval de doce años produce la pérdida de un padre no es, desde luego, la misma que para un adulto. No hay ni más ni menos sentimiento. Es, simplemente, diferente. Cuando uno es pequeño, se tiende a idealizar mucho la figura paterna. Representa la fuerza, el camino a seguir, la referencia y el espejo donde mirarse. La muerte de mi padre me produjo una sensación desconcertante. Uno nunca piensa que las desgracias ajenas pueden llegar a convertirse en propias. Al menos no tan pronto. Lo consideras injusto y, en la medida de tus conocimientos y creencias, te rebelas. Pero aquello era irreversible. Para colmo, a la ausencia física se unió el menoscabo económico que significaba la pérdida del sueldo de mi padre. Aunque mi madre trató de ocultár-

noslo, tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para que, al menos en lo material, no notásemos su falta. Aquello le resultó muy duro.

Cuando echo la vista atrás y pienso lo que significó la figura de mi padre para TVE, no termino de comprender cómo es posible que no nos quedara tras su muerte ni un duro. Tan solo buenas palabras de consuelo y tres mil pesetas mensuales que nos concedió la Asociación de la Prensa de Madrid. Una situación lo suficientemente llamativa como para remover algunas conciencias.

Así lo entendió el formidable Alberto Oliveras, que rápidamente le ofreció a mi madre dedicar uno de sus famosos programas semanales en la Cadena Ser a la figura de mi padre y todo lo que él representaba. Oliveras presentaba *Ustedes son formidables*, que gozaba de una extraordinaria audiencia y que tenía como objetivo recaudar fondos para determinadas causas, en especial las de imperiosa necesidad económica. A pesar de agradecerle de corazón el gesto, mi madre decidió, creo que con buen criterio, declinar el ofrecimiento. Nuestra situación era apurada, pero ciertamente no tan dramática como la de algunos casos que se trataban allí.

De todas formas, qué distintos, desde luego, son los tiempos actuales en TVE, con sindicatos, convenios colectivos, seguros de vida, fondos de pensiones y alguna que otra gratificación millonaria. Y sin embargo, a pesar de la desgracia, mi madre demostró un valor y un coraje hasta aquel entonces desconocidos para mí. Su trabajo en Radio Peninsular no le reportaba, ni de lejos, lo necesario para seguir manteniendo el nivel de vida. Un nivel

que, por otra parte, siempre había sido de lo más normal. Sin excesos. En casa nunca observé un atisbo de derroche, fundamentalmente porque mis padres, aunque grandes figuras de la radio y la televisión, no ganaban los sueldos que tienen las actuales. Así es que, además de su labor radiofónica, mi madre se tuvo que buscar otro trabajo que terminó por limitarle al mínimo el tiempo de convivencia con nosotros.

Ese ejemplo de dedicación y esfuerzo ha estado siempre presente en mi vida, me ha ayudado en muchas facetas de mi profesión y espero habérselo inculcado a mis hijos. Lástima que el destino me impidiera devolverle siquiera la mitad de su entrega. Cuatro años después, un día del mes de septiembre de 1974, mi madre perdía la vida en un accidente de carretera.